

El peso de la herencia: la influencia de los modelos en la historiografía barroca

Ofelia Rey Castelao

RESUMEN

La influencia de los modelos clásicos fue enorme durante toda la Edad Moderna y su peso fue decisivo sobre la historiografía barroca, pero, como es lógico, se fue mitigando merced a su paulatina sustitución por otros modelos y a su progresiva inadecuación al tiempo. Los historiadores barrocos se nutrían de los clásicos desde las fases iniciales de su educación y eran lectores asiduos de las obras clásicas en la edad adulta, pero esa dependencia no oculta que el mensaje clásico era menos entendido e incorporado que los aspectos formales, y que obras y autores griegos y latinos habían llegado a la Edad Moderna a través del tamiz cristiano y medieval. Lo que en este artículo se pretende es por lo tanto, observar en qué medida los historiadores del Barroco seguían pendientes de las referencias clásicas, cómo las obtenían y entendían y si fueron capaces de ir desprendiéndose de su dominio.

Palabras clave: modelos clásicos, historia, historiografía, Barroco.

ABSTRACT

The influence of Classic models throughout the Early Modern period was extraordinary and the weight of that influence was decisive on Baroque historiography. However, in time, their influence diminished and they were ultimately replaced by other less anachronistic models. Baroque historians received the influence of the Classics from the initial stages of their education and, as adults, were assiduous readers of Classic works. In spite of that dependency, it is apparent that the Classic contents was less understood and assimilated than the formal aspects. It is also evident that Greek and Latin works and authors had arrived to the Early Mo-

dem period via the Christian and medieval world. The objectives of this article are to analyze to what extent Baroque historians were still depended on Classic references; where they obtained those references and how they understood them; and finally, whether they were able to free themselves of the Classic influence.

Key words: Classic models, history, historiography, Baroque.

Directa o indirectamente, los modelos clásicos fueron una referencia fundamental de la historiografía europea hasta bien avanzada la Edad Moderna, que se mantuvo bajo la protección de ese paraguas hasta que se fueron colando otros modelos, pero incluso después siguieron siéndolo desde el punto de vista estilístico. Sin embargo, por demasiado obvia, la influencia clásica es sospechosa y oculta el creciente desconocimiento de su verdadero significado, esto es, era más formal que de contenidos y más aparente que real, ya que, conforme avanza el período moderno, y en especial en el siglo XVII, eran menos los autores los que de verdad revelan un dominio de los clásicos. Esto se manifestaba en aquel deficiente conocimiento del latín que se denunciaba reiteradamente, imputándolo a la enseñanza impartida en colegios y universidades, pero que se extendía más allá, y repercutía en la frecuencia de los errores en traducciones y ediciones de los clásicos.¹ La pregunta clave es si había otras opciones para quienes quisieran escribir textos de Historia.

Las disponibilidades del mercado

Los modos de pensar y escribir historia en el periodo moderno han sido objeto de una extraordinaria proliferación de estudios en los últimos años, si bien es cierto que nos hemos ido metiendo en un círculo vicioso al multiplicar las revisiones de la producción de nuestros antecesores y las relecturas del discurso histórico atendiendo sólo a los conceptos

1. Tema ampliamente tratado por Luis GIL FERNÁNDEZ, *Panorama social del Humanismo español, 1500-1800*, Madrid, 1981, p. 53; Lia SCHWARTZ LERNER, *De Fray Luis a Quevedo. Lecturas de los clásicos antiguos*, Málaga, 2005, p.13.

que lo configuran y a los elementos formales, sin pasar de estos a las ideas subyacentes.² Esa proliferación es positiva en lo que tiene de introspección y en la capacidad de la historia de la historiografía de enseñarnos que las elaboraciones históricas forman parte de una tradición inevitable y que los historiadores que nos han precedido invirtieron grandes dosis de trabajo, con frecuencia de pobre rentabilidad, en averiguar el modo de desvelar con el menor esfuerzo el “saco de claves” que lleva consigo el ser humano. Hasta el siglo XIX, las soluciones que se idearon para esto fueron insuficientes unas veces, reiterativas otras, adelantadas a su tiempo una minoría y, con frecuencia, los logros obtenidos, lejos de haber constituido procesos de afianzamiento, se diluyeron en etapas de incertidumbre y de crisis. Es así como deberíamos entender el encadenamiento de la historiografía barroca a los modelos clásicos: estos formaban parte de una larguísima tradición que aportaba cierta seguridad en un período post-crítico. Lo adecuado por lo tanto es buscar el instrumental teórico y metodológico del que dispondría un “historiador” barroco y preguntarnos si tenía otra opción que no fuera esa.

Vistas así las cosas, está claro que los hombres del período moderno recibieron de la época medieval un legado incierto que a su vez remitía a la Antigüedad, un período en el que la historia no se configuró como un saber específico, ni fue una parte esencial del entramado del saber filosófico, sino que era, ante todo, aunque no sólo, literatura. Ese era el mensaje que recibía un historiador de 1500 o de 1600 y aún de 1700. Si leía a los historiadores griegos, quizá no advirtiese que la tarea de estos no había sido explicar el presente en términos de pasado, sino asegurar que las acciones de los héroes y los hechos significativos no cayesen en el olvido; incluso Tucídides, que escribía historia, lo hacía desde su interés por el presente o por el pasado inmediato dentro de un esquema de explicación causal sin conciencia clara de la evolución cíclica del tiempo y sin asentarse sobre la idea de progreso hacia el futuro.³ Pero si nues-

2. Charles-O. CARBONELL, *La historiografía*, México, 1981; del mismo, “L’apport de l’histoire de l’historiographie”, en G. Gadoffre, *Certitudes et incertitudes de l’histoire*, París, 1987, p. 205; Fernando SÁNCHEZ MARCOS, *Invitación a la historia: de Herodoto a Voltaire*, Barcelona, 1988; Giuseppe GIARRIZO, *La scienza della storia. Interpreti e problemi*, Nápoles, 1999; y Josep FONTANA, *La historia de los hombres*, Barcelona, 2000.

3. José Carlos BERMEJO BARRERA, *El final de la Historia. Ensayos de historia teórica*, Madrid, 1987, p. 14. Una visión menos restrictiva de los valores de la historiografía clásica, en especial de Tucídides, en Albert COOK, *History writing. The theory and practice of*

tro historiador leía a los romanos, se encontraba casi con lo mismo, dado que estos no habían avanzado gran cosa en esa percepción, ya que en su veneración por la autoridad, los antepasados y la tradición, se oponían a los cambios hasta que se juzgaban acordes con las costumbres ancestrales. Y unos y otros tenían una visión del tiempo limitada al pasado y al presente.⁴

Fue el cristianismo el que incorporó la dimensión del futuro, al haber tomado de la tradición hebrea dos cosas, la ubicación del hombre en un proceso con un comienzo, la creación, y un final, la “redención”, y, sobre todo, la idea del cosmos como una creación de Dios que en realidad había ocurrido en la historia; el cristianismo, además, suprimió a fines del siglo IV el calendario pagano, e impuso la obsesión por la cronología en función del calendario litúrgico y una concepción cíclica de la historia, elaborada por Agustín de Hipona.⁵ Éste parece haber sido el primer pensador que analizó las consecuencias de que la experiencia personal del hombre se limitase al instante presente y que llegó a la conclusión de que las ideas al respecto del pasado y del futuro dependen de la conciencia de memoria y del sentido de la expectativa. Tenemos por lo tanto, una segunda referencia, la providencialista, a la que podía remitirse el historiador del que hablamos, un historiador que vivía en las primeras fases de la Contrarreforma, no lo olvidemos.

Pero ese historiador recibía los legados clásico y cristiano tamizados por el largo tránsito medieval. Tradicionalmente se sostuvo que la Edad Media fue un período poco rentable para la evolución del conocimiento histórico dada la dificultad que el hombre medieval tenía para apreciar el significado del tiempo al estar mal equipado para medirlo, lo que en la

history in Antiquity and Modern Times, Cambridge, 1988, p. 15; Moisés I. FINLEY, *Uso y abuso de la historia*, Barcelona, 1979; Michele JACOVIELLO, *Storia e storiografia. Dall'Antichità classica all'età moderna*, Nápoles, 1995; Emilio GABBA, *Cultura classica e storiografia moderna*, 1995, p. 11; Donald R. KELLEY, *Faces of History. Historical inquiry from Herodotus to Herder*, Yale, 1998, p. 45.

4. Arnaldo MOMIGLIANO en *Problèmes d'historiographie ancienne et moderne*, París, 1983; COOK, *History writing*, pp. 31, Enrique MORADIELLOS, *El oficio de historiador*, Madrid, 1994, p. 21.

5. José FERRATER MORA, *Cuatro visiones de la historia universal: San Agustín, Vico, Voltaire, Hegel*, Madrid, 1982; J.C. BERMEJO BARRERA, *Replanteamiento de la historia. Ensayos de historia teórica*, II, Madrid, 1989, p. 31.

práctica se traducía, por ejemplo, en la falta de precisión para registrar los acontecimientos y medir la duración y en cifrarlo en las percepciones estacional y litúrgica; y eso era sí porque el tiempo se entendía sólo como una imagen móvil de la eternidad y porque el esquema dominante para pensar la historia procedía de San Agustín, de modo que el sentido profundo de esta se reducía a las conquistas de la Iglesia, institución fundada por Dios para asociar a los hombres a la salvación. Sin embargo, la obra de B. Guenée⁶ condujo al extremo opuesto y a sobrevalorar la producción de los cronistas y puso a la luz, antes ya de la crisis del XIV, una idea difusa de progreso, perceptible a través del deseo de beneficiarse de la herencia de las generaciones anteriores y de establecer una ciencia histórica de tal rigor que permitiese comprender el curso de los sucesos y deducir sus aplicaciones, aunque el principio de toda causalidad siguiese reservándose a Dios.⁷ Así pues, la historia estaba subordinada a la teología y a la moral y, cada vez más, al derecho, que utilizaban el pasado como fondo de argumentos y normas, pero estaba adquiriendo un carácter diferente en vísperas de la Peste Negra y de la quiebra que esta produjo.

Desde fines del siglo XIV y principios del XV se abrió un período de florecimiento, en especial a partir de la celebración de los concilios de Constanza y Basilea, punto de encuentro y de controversia teológica en el que se dieron cita sabios de toda Europa. Pero ese florecimiento fue paralelo en el siglo XV a un cambio de dueño, convirtiéndose la historia en instrumento privilegiado de los príncipes y de los sentimientos nacionales; a un cambio de estilo, haciéndose cada vez más literaria y retórica, y mejor en técnica y capacidad crítica, y a un cambio de rumbo, para pasar a ser una historia civil a través de la cual se observaban los juegos de la guerra y de la diplomacia. Pero sobre todo, la historia se benefició de la invención de la imprenta. Lo que nuestro historiador de 1600 tenía a su disposición era muy diferente a lo que hubiera tenido antes de 1452: aunque la letra impresa sirvió para debilitar al latín frente al éxito de las lenguas modernas, la imprenta había liberado a autores y lectores –lo fuesen de historia o no– del precio, lentitud y escasez de las

6. Bernard GUENÉE, *Politique et histoire au Moyen-Age*, París, 1981.

7. En este aspecto, Jean BRUN, *Philosophie de l'Histoire. Les promesses du temps*, París, 1990, p. 103; Carmen ORCASTEGUI y Esteban SARASA, *La Historia en la Edad Media: Historiografía e historiadores en Europa Occidental, siglos V-XIII*, Madrid, 1991, d.p.

copias de documentos y de libros; había aportado su enorme capacidad de internacionalizar la información y de recuperar a los clásicos —muchos humanistas fueron, además, editores— y la tradición histórica griega y romana; y había ofrecido productos, como las colecciones de proverbios y *topoi* —por ejemplo, los *adagia* de Erasmo— que transmitían lugares comunes de la literatura y la filosofía greco-latina, y cuya función inicial era la conformación ideológica de los estudiantes, pero que, más allá de fueron referencia obligada en España aún durante el siglo XVII. Y algunas bibliotecas privadas pretendían parecerse al modelo de *biblioteca* griega o romana que aparecía en los textos clásicos, cuyo prestigio quedaba así vinculado al de los modelos de la cultura renacentista; estas bibliotecas antiguas aparecían descritas en trataditos como el *De biblioteca syntagma* Justo Lipsio (1547-1606) y su imagen cristalizó en un topos literario recreado frecuentemente en enciclopedias y polianteas que contribuyeron a divulgar el saber de la cultura grecolatina en un siglo ansioso de novedades como el XVI.⁸

Dicho de otro modo, estos cambios, reforzados por los descubrimientos geográficos y su ruptura implícita con el mundo conocido por los clásicos, ofrecían, en los prolegómenos de la Edad Moderna, una vía alternativa que en apariencia rompía con la herencia medieval. Y sólo en apariencia por cuanto la historiografía humanista se revistió de un ropaje antropocéntrico y secularizado, y de una finalidad pragmática —política casi siempre— y se desligó de la preocupación ultraterrena de la historiografía medieval, pero no por eso fue capaz de romper con las fuerzas teleológicas: la providencia cristiana fue sustituida por la “fortuna”, y la virtud cristiana suplantada por la virtud laica tomada de los modelos clásicos y, lo que es más significativo, la mitificación de la cultura clásica hizo fijar la atención más en el pasado que en el futuro, lo que impedía la génesis de una idea de desarrollo histórico. Se trataba, por lo tanto, de cambios más aparentes que reales.⁹

8. Lía SCHWARTZ LERNER, “Las preciosas alhajas de los entendidos”: un humanista madrileño del siglo XVII y la difusión de los clásicos, *Edad de Oro*, 17 (1998), pp. 223-224.

9. Eduard FUETER, *Historia de la historiografía moderna*, Buenos Aires, 1953; Georges LEFEBVRE, *El nacimiento de la historiografía moderna*, Barcelona, 1979; W. K. FERGUSON, *Il Rinascimento nella critica storica*, Bolonia, 1984 (ed. or., 1969); Quentin SKINNER, *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, México, 1985 (ed. or., 1978); también la obra clásica de León DUJOVNE, *La filosofía de la historia desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII*, Buenos Aires, 1959.

Formalmente, la producción histórica a partir del siglo XV, con independencia de la concepción a la que obedeciese en cada caso, responde a dos presentaciones, la narrativa y la erudita. En la primera tienen su acomodo más claro las resurgencias clásicas porque no se basaba en el análisis minucioso de fuentes archivísticas para elaborar una interpretación del pasado, sino que se inspiraba en modelos clásicos que eran reelaborados “en un discurso que el historiador procuraba que fuera persuasivo y atrayente y que cumpliera una necesaria función moral”.¹⁰ Nacida en Florencia de la mano de Leonardo Bruni, tuvo su apogeo en la segunda mitad del siglo XV y en el primer tercio del XVI, en especial con Maquiavelo –algo alejado de los modelos clásicos– y Guicciardini, e influyó sobre toda Italia ya que su producción se puso al servicio de las repúblicas italianas gracias a Sabellicus, Navagero, Bembo, Crivelli, Simonetta, Valla, Platina, etc.¹¹ Más tarde se puso al servicio de las monarquías en proceso de consolidación, donde se encontró con las respectivas tradiciones historiográficas generando de este modo subtipos específicos;¹² esta vinculación no deja duda de que se trata de historia política siempre y de un pragmatismo no disimulado las más de las veces. Su formato externo es de evidente herencia clásica: la adopción del latín como lengua de expresión, la organización en anales, la inclusión de discursos y arengas, la preocupación estética, etc., resultan forzados, como suele suceder en este tipo de trasplantes anacrónicos y la perse-

10. L. SCHWARTZ LERNER, “Un género historiográfico del siglo XVII: las vidas de Juan Pablo Mártir Rizo”, *Studi Ispanici*, 1 (2005), p. 91.

11. Quentin SKINNER, *Maquiavelo*, Madrid, 1984. Felix GILBERT, *Machiavel et Guichardin: Politique et histoire à Florence au XVIe*, Paris, 1996; Eric COCHRANE, *Historians and historiography in the Italian Renaissance*, Chicago, 1985; V. de CAPRARIIS, *Dalla politica alla storia*, Bari, 1950, p. 78.

12. Estas monarquías tuvieron que “importar” historiadores italianos que hiciesen “historia a la florentina” –Marineo Sículo en España, Paulo Emilio en Francia, Poliodoro Virgilio en Inglaterra, etc.–, con lo que se perseguía la creación artificial de una corriente de historiografía humanista; el éxito de esta medida fue escaso y la variante narrativa del humanismo sólo cuajará con retraso, lo que se explica por la persistencia de la historiografía medievalizante de tipo cronístico. Cada uno de los casos europeos en Orest RANUM, ed., *National consciousness, history and political culture in Early Modern Europe*, Baltimore, 1975. El interesante caso inglés tiene una buena referencia en Donald B. KELLEY y D.H. SACKS, eds., *The historical imagination in Early Modern Britain. History, rhetoric and fiction, 1500-1800*, Cambridge, 1997, p. 2; y, en especial, J.H.M. SALMON, “Precept, example and truth”, p. 11. Para España, José CEPEDA ADÁN, *En torno al concepto de estado en los Reyes Católicos*, Madrid, 1956.

cución de una obra formalmente bella, supeditada a determinados intereses políticos, provocó un claro descuido de la labor heurística y el desprecio a la información documental en la medida en la que no se buscaba la verdad histórica, algo que abría la puerta a los falsarios. En efecto, por ahí hicieron su aparición Annio de Viterbo (1432-1502) y de Johannes Trithemius (1462-1516), religiosos ambos, que compartían la doble condición de imaginativos falsarios y tratadistas de la crítica histórica: ese era su peligro; eran falsarios por inventar fuentes, no por inventar la historia, algo para lo cual bastaba con recurrir a la tradición bíblica, y sobre todo a la historiografía greco-romana, a la mitología antigua y a sus genealogías de héroes.¹³ Annio de Viterbo marcaría una época, al gestar un modelo que, además de su utilidad política, se apartaba formalmente de la crónica medieval. Las falsificaciones y la ficción plantearon en el siglo XVI y en la mayor parte del XVII, contradicciones interesantes, como ser obra de autores religiosos o eclesiásticos o que se desarrollaran en momentos de auge de la verdad histórica, pero el fraude piadoso estaba admitido en la moral general como motivo edificante¹⁴ y había numerosos autores que creían lícito falsear la historia cuando el honor de “la patria” lo exigía.

La historia erudita se situaba en el polo opuesto de la narrativa, si bien existen puntos de contacto como un origen temporal y espacial comunes –siglo XV e Italia, ligado en este caso a Flavio Blondus y a Lorenzo Valla–, sus preferencias temáticas –la historia política–, y el común sujeto de sus obras –el hombre-individuo, el personaje–. Las diferencias afectan al estilo expositivo –la historia erudita opta por un tipo de relato preciso y frío, alejado de los modelos clásicos–, a la dimensión participativa del historiador –pretensión de objetividad en este, subjetivismo no disimulado en la historia narrativa– y al método –la historia erudita tiene su clave definitoria en la atención al documento–. Su desarrollo en el tiempo y en el espacio fue irregular y, en apariencia al menos, opuesto

13. Fernando WULFF, *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española, siglos XVI-XX*, Barcelona, 2003, p. 23.

14. Ofelia REY CASTELAO, *La historiografía del Voto de Santiago. Recopilación de una polémica barroca*, Santiago, 1985, y “La Historia Crítica de los Falsos Cronicones de José Godoy Alcántara”, en M. Barrios Aguilera y M. García-Arenal, eds., *¿La historia inventada? Los libros plúmbeos y el legado Sacromontano*, Granada, 2008, p. 295. También del lado protestante: Peter COLLISON, “Truth, lies, and fiction in sixteenth-century. Protestant historiography”, en Kelley y Sacks, eds., *The historical imagination*, p. 37.

al de la historia narrativa; no son géneros que se excluyan pero parece como si en los períodos de éxito y proliferación de uno de ellos, el otro quedase relegado a un segundo plano. Así en el XVI la historia erudita solo prosperó fuera de Italia, allí donde había permanecido más viva la tradición cronística medieval: en Aragón, Jerónimo Zurita o, en Castilla, Ambrosio de Morales y autores menos conocidos, realizaron importantes esfuerzos de recopilación y crítica documental; en Alemania, Beatus Rhenanus; en Francia, Scaliger, que puso las bases de una cronología metódica y de una filología nueva, E. Pasquier, Fauchet, De Thou, etc.¹⁵

Mención especial merece Jean Bodin, que escribió su *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* (1566)¹⁶ en medio de las inquietudes intelectuales de la Francia de las Guerras de Religión, lo que explica su rechazo del dogmatismo escolástico a causa del descubrimiento de la relatividad de las cosas y de los sistemas políticos y su interés por reconstruir los hechos de forma verídica y la “representación del todo”, lo que incluía la comprensión de la naturaleza, los hábitos, las costumbres, etc. Es decir, el *Methodus* es una obra rupturista que se aparta de la preceptiva al no centrarse en la narración y el formato y de la producción histórica convencional al no atenerse ni al modelo medieval ni, lo que es más significativo, al clásico. Bodin estaba convencido de que la historia es una ciencia, aunque abierta a desarrollos imprevisibles y contraria a las ciencias cerradas, reductibles a principios y leyes,¹⁷ y había comprendido que la historia era la forma más válida de conocimiento, por cuanto constituía el esfuerzo más valioso por comprender los términos de la relación entre el hombre y la naturaleza, la permanente sucesión de los hechos naturales y las acciones arbitrarias del hombre. Desde un principio metodológico clave, el método analítico, distinguía entre “historia propia” de un hombre o un pueblo e

15. Claude G. DUBOIS, *La conception de l'histoire en France au XVIe siècle (1560-1610)*, París, 1977, p. 22; Arlette JOUANNA, “Histoire et polémique en France dans la deuxième moitié du XVIe. siècle”, *Storia della Storiografia* (1982), 2, p. 57; Yves M. BERCÉ y Philippe CONTAMINE, *Histoires de France, historiens de la France*, París, 1994, p.137; G. GIARRIZO, *Per una storia dell storiografia europea. Gli storici, la storia*, Bonnano, 1995, p. 11 ; M. Thérèse JONES-DAVIS, *L'histoire au temps de la Renaissance*, París, 1995.

16. Girolamo COTRONEO, *Jean Bodin*, Nápoles, 1966; George HUPPERT, *The idea of perfect history*, Urbana, 1970.

17. Véase sobre esto Guy BOURDÉ y Hervé MARTIN, *Les écoles historiques*, París, 1983 pp. 63 y ss.

“historia común” o universal, que le interesaba poco por cuanto entendía que el sujeto de la historia era el Estado y que, por lo tanto, sólo podía hacerse la historia de un estado en particular y, a posteriori, hacer un examen comparativo de los diversos Estados. Seguramente no fue consciente de que ponía en duda el concepto tradicional de historia universal. Además, Bodin introdujo la idea de un progreso ilimitado que sobrepasa la historia lineal bíblica, en tanto que los conocimientos de los modernos superan a los de los antiguos y, a su vez, son superados por otros nuevos: su orden de la historia pretende ser matemático,¹⁸ y, por lo mismo, muy alejado de los modelos clásicos.

Así pues, Bodin sostuvo una concepción de la historia adelantada a su tiempo y a las posibilidades de desarrollo práctico del conocimiento histórico, pero también los esfuerzos de los otros historiadores mencionados fueron prematuros por cuanto no existía un desarrollo paralelo de las ciencias auxiliares de la historia. Precisamente fueron las graves dificultades metodológicas que la historia erudita encontraba, junto con la numerosa clientela receptora de la producción narrativa, los factores que coartaron su evolución, algo que se corregirá, en parte, en el siglo XVII. La historia clásica de la historiografía –Fueter, por ejemplo–, reprochó a la producción histórica del XVII su desafección respecto a las formas estilísticas de la historiografía renacentista, y un amplio grupo de historiadores, sostuvo la opinión de que ese siglo habría constituido un cuadro poco favorable a la historiografía, encajada entre el desprecio baconiano y la duda cartesiana.¹⁹ Unos y otros se centraban en la historia narrativa, que no recibió aportaciones relevantes en el siglo XVII, y en la anti-histórica filosofía cartesiana. En efecto, *El Discurso del Método* de Descartes dice que “todo lo pasado es fuente de error”, pero, tal como la interpretó P. Chaunu, su mensaje anti-histórico va más allá, directamente al centrar su atención sobre el discernimiento del lenguaje matemático e indirectamente al bloquear cualquier curiosidad sobre los campos de la religión y la política, elementos que interesan sobre todo como base de la sociedad; al sistema mecanicista le importaba sobremanera

18. Mirian YARDENI, “Historiographie et périodisation en France au XVIe siècle”, en J.M. Dufais, dir., *Pratiques et concepts de l'histoire en Europe, XVIe-XVIIIe siècles*, Paris, 1990, pp. 43 y ss.

19. L. BRAUM y otros, *La défaite de l'érudition*, Paris, 1988, p. 307; DUF AIS, *Pratiques et concepts*, cit. p. 10.

mantener en bloque todo el orden social tradicional y el proceso histórico es por definición modificador.²⁰ No obstante, la filosofía del sujeto será desde Descartes una teoría del sujeto que conoce y una reflexión sobre el método, lo que jugó en beneficio de la crítica, y su mecanicismo, poniendo en duda el providencialismo, abrió el camino para que el mundo tomara el relevo de Dios, y eso acabó influyendo positivamente en la historia.²¹

Hoy ya no se duda de que el XVII fue el siglo del desarrollo del método histórico y en el que se dotó a la historia de un estatuto científico.²² La historia erudita se convirtió en el instrumento de la historia eclesiástica y religiosa, aunque desprovista en buena medida del tinte polémico de la historiografías católica y protestante del XVI; legistas, políticos, filósofos e incluso teólogos huyeron de ser historiadores, de modo que esta nueva erudición estuvo en manos de órdenes religiosas que realizaron una ingente labor de recopilación documental, sólo concebible en el marco de proyectos colectivos a realizar a muy largo plazo —no faltaron esfuerzos individuales, por supuesto—. Los jesuitas belgas, impulsados desde 1607 por Jean Bolland, se impusieron como objetivo en sus *Actae Sanctorum* demostrar la antigüedad del culto a los santos y superar las deficiencias de la hagiografía de la época mediante la depuración de fuentes y la precisión cronológica y los benedictinos de Saint-Maur se preocuparon por la historia de su propia orden y por las mejoras técnicas y metodológicas en la crítica de fuentes y en su seno surgieron las disciplinas auxiliares de la historia, como la diplomática y la paleografía. La importancia de lo que hicieron fue muy superior de la que ellos mismos fueron conscientes; la obra de Mabillon, *De Re Diplomatica*, situaba en

20. Pierre CHAUNU, *Histoire, science sociale. La durée, l'espace et l'homme à l'époque moderne*, París, 1974, p. 44 ; L. BRAUM, *Faces in Clio's mirror*, s.l., 1975 ; y DUFAYS, *Pratiques et concepts*, introducción, p. 12 ; B. HERSCH, *Re-thinking Cartesian historiography*, 1977, p. 99, etc.

21. J.C. BERMEJO, *op cit.*, p. 131; Juan David GARCÍA BACCA, *Antropología y ciencia contemporánea*, Barcelona, 1983, p. 25-26.

22. Bibliografía ya citada y *Religion, érudition et critique à la fin du XVIIe siècle et au début du XVIIIe*, París, 1968 ; y P. CHAUNU, *La civilisation de l'Europe classique*, París, 1970. Un verdadero cántico de este autor en alabanza de la erudición del XVII puede verse en las páginas iniciales de *Réflexions et miroir de l'histoire*, París, 1990. Orest RANUM, *Artisans of glory. Writers and historical thought in seventeenth-century France*, Chapel Hill, 1980.

1680 un punto sin retorno.²³ Además, el desarrollo del criticismo en la Europa del XVII y sobre todo en zonas de cultura francófona, estuvo acompañado del desarrollo de escritores escépticos y eclécticos que exponían los problemas críticos y filosóficos a una nueva perspectiva.²⁴

De otro lado, la historia estuvo al servicio de la monarquía y de la construcción del absolutismo monárquico, con Bossuet como centro,²⁵ y contribuyó una primera forma de memoria colectiva que tocaba a un público más amplio que el de las letras; escrita por historiadores pensionados que participaron en la glorificación de la monarquía y en la concepción de la historia nacional en un tiempo sagrado, el de Dios.²⁶

Estos múltiples desarrollos denotan en general la aplicación de la operación racional a la historia y constituyen un esfuerzo superador del desprecio que hacia nuestra disciplina estaba cuajando como contraposición a una atención progresiva hacia la naturaleza y como resultado de una nueva inteligibilidad del mundo en la que la historia no tenía cabida, y en el tramo final del XVII se produjo un cambio que permite hablar de una “revolución historiográfica”: a) progreso sustancial de la filosofía; b) acceso fácil a los archivos; c) intercambio de informaciones entre eruditos a escala internacional; d) reconocimiento de una cierta teoría del progreso. Se adelanta la tensión, clave en el XVIII, entre la voluntad de emitir un juicio racional de la historia y el establecimiento positivo de los hechos. En ese giro, los clásicos acabarán perdiendo el terreno que les quedaba.

23. Blandine BARRET-KRIEDEL, “Brèves réflexions sur quelques règles de l’histoire”, en Dufais, dir., *Pratiques et concepts*, p. 85.

24. Peter BURKE dedica varias páginas a este movimiento en *A social History of Knowledge. From Gutemberg to Diderot*, Cambridge, 2000, al referirse al pirronismo histórico. Edward OFLAHERTY, “The theatre of diversity: historical criticism and religious controversy in seventeenth-century France”, en C. Brady, ed., *Ideology and the historians*, Dublin, 1991, p. 31

25. RANUM, *Artisans of glory*; F. LAPLANCHE y otros, eds., *La monarchie absolutiste et l’histoire de France*, París, 1987; J.C. BERMEJO, “Tras las huellas de Bossuet”, en *Replanteamiento de la historia*, p. 19; G. CHEYMOL, “Tolérance et histoire à l’aube des Lumières”, en *L’histoire au XVIIIe siècle*, Aix-en-Provence, 1980, p. 203.

26. “Historiographes, historiographie et monarchie en France au XVIIe” ; Chantal GRELL, “L’histoire en France et le mythe de la monarchie au XVIIe.”, ambos en Bercé, *Histoires de France*, pp. 149 y 165, respect. También, Jean-Marie GOULEMONT, *Le règne de l’histoire. Discours historiques et révolution, XVIIe-XVIIIe siècles*, París, 1996 (ed. or., 1975).

El instrumental de un historiador barroco hispano

¿Cómo determinar en esa evolución la influencia real de los clásicos? Para superar la simple deducción, tendríamos que conocer mejor a los autores barrocos, sus obras y, sobre todo, los fundamentos de estas. En cuanto a lo primero, a título general podemos decir que quienes escribieron textos de tema histórico pertenecían a sectores sociales bien situados –nobles, clérigos, funcionarios, militares– y que ni eran historiadores, ni se veían a sí mismos como tales, ni la historia era el único “género literario” que les interesaba, sino la religión, el derecho, o la política, según cada sector socio-profesional. De su formación apenas tenemos noticias, incluso si habían pasado por la Universidad, ya que en esta no se impartía historia; sí podemos suponer la influencia de los colegios de la Compañía de Jesús y constatar en la mayoría de ellos su relación con la retórica. Era en el nivel medio de la enseñanza donde podían haber adquirido un trato más o menos amplio y útil con los clásicos ya que desde Petrarca, los humanistas pusieron su confianza total en el poder educativo de los textos antiguos. Los tratados sobre la historia que se redactaron desde el siglo XVI insistían precisamente en la ejemplaridad que encerraba y su importancia práctica para la educación de los jóvenes y de los lectores vinculados a las clases dirigentes. El paso del tiempo no desmintió esta convicción, de modo que en autores de gran influencia del período que nos ocupa, como Justo Lipsio (1547–1606), hallamos aún la insistencia en que los textos de griegos y romanos cumplieran una función práctica: los estudios de antigüedades romanas y los tratados antiguos de arte militar se aplicaban a la educación política de la nobleza.²⁷ Así pues, la educación estaba impregnada de los clásicos y del valor ejemplarizante de la historia, pero la pedagogía humanista no entendía la necesidad de organizar el pasado –reconociéndolo mejor que el presente– según un orden cronológico y los hechos importaban en tanto que de ellos se podían obtener preceptos de comportamiento, conocer leyes, observar acciones de personajes a imitar, etc.

La praxis más sólida y asentada de ese principio se halla en la *ratio studiorum* de la Compañía de Jesús –en sus versiones de 1569, 1586 y 1591–, cuyo hilo conductor era el aprendizaje del latín y cuya pedagogía

27. SCHAWRTZ LERNER, *De Fray Luis a Quevedo*, pp.13-18.

tenía como objetivo la formación de “productores de discursos”. En los colegios jesuíticos, la lectura de los clásicos incluía la de los historiadores de la Antigüedad con Cicerón como clave, y tenía su espacio en la clase de humanidades, asociándolos con los poetas.²⁸ Es decir, se pretendía preparar a los alumnos en el dominio del lenguaje y de la retórica, y en ese contexto, la historia ocupaba un lugar complementario e instrumental, el de aportar algo de erudición, asentado en la convicción —así se deduce de la *ratio* de 1586—, de que el estilo de la historia es más simple que el de la poesía y de que bastaba con explicar los sucesos tal como eran relatados por los autores sin necesidad de contrastar su contenido. Así pues, más que enseñar historia, se recurría al pasado y todo se explicaba hacia atrás y las lecturas que se imponían buscaban cubrir la faceta oratoria (Cicerón) o más propiamente retórica (Aristóteles), de modo que solo se daban algunas nociones de historia y se leían las obras de historiadores como Julio César, Salustio, Tito Livio o Quinto Curcio. Posteriores elaboraciones de la *ratio*, como la de 1591, reconocían que la historia aportaba placer al lector, que tenía la capacidad de ordenar los hechos y que disponía de un ritmo y un estilo propios, y los textos de los pedagogos y traductores de la Compañía sugerían desarrollar aspectos de la Antigüedad en representaciones teatrales, fiestas, juegos, etc.²⁹ Fuera del ámbito jesuítico, sabemos poco, salvo que en monasterios y conventos, al lado de una formación no muy diferente de la jesuítica, los novicios y los alumnos laicos “hacían prácticas” copiando documentación de archivo, aunque más bien por interés caligráfico, y los planes de estudios de las órdenes incorporaron —tarde— enseñanzas de tipo histórico o instrumental.

Salvadas esas limitaciones del sistema educativo, no hay duda de que el dominio de la retórica y la oratoria permitía a su vez dominar la palabra y

28. Anne BRUTER, *L'Histoire enseignée au Grand Siècle. Naissance d'une pédagogie*, París, 1997, p. 49; de la misma, “La confiscation de l'histoire: l'éclatement des usages de l'histoire au XVIIe siècle”, en H. Moniot y M. Serwanski, *L'histoire et ses fonctions*, París, 2000, p. 27. Jean-Marie VALENTIN, “Les jésuites et la scène: Orphée, Pallas et la *renovatio mundi*”, en L. Giard y L. De Vaucelles, *Les jésuites à l'âge baroque, 1540-1640*, Grenoble, 1996, p. 131. Para el caso español, José SÁNCHEZ HERRERO, “La actitud educadora directa e institucional”, en *Historia de la acción educadora de la Iglesia en España*, Madrid, 1995, p. 614.

29. De los tratados del primer tercio del siglo XVII, muchos fueron escritos por autores jesuitas: Victoria PINEDA, “La preceptiva historiográfica renacentista y la retórica de los discursos: antología de textos”, *Talia dixit*, 2 (2007), pp. 95-96.

el relato y, por lo tanto, escribir historia —algo que se observa muy bien en los eclesiásticos, que solían ser docentes, oradores, predicadores, etc.—. Para lo demás que la enseñanza no aportaba, los historiadores se sirvieron casi en exclusiva de la lectura, de ahí que sea imprescindible incidir en la experiencia personal e intransferible de leer y de escribir que facilitó la transformación de algunos lectores en historiadores.³⁰ Una prospección somera nos revelaría que la mayoría no dudó en imitar lo que leía. La práctica de la imitación se consideraba positiva para adquirir destreza retórica o dialéctica, aunque se pensaba que debía ser creadora y reflejar la personalidad de quien escribía: fue así como los autores renacentistas o barrocos hacían una lectura peculiar de los clásicos que generó una nueva cultura transmitida en sus ediciones, comentarios y tratados sobre las costumbres antiguas o en obras literarias que a su vez imitaban a los clásicos.³¹ Y los historiadores tampoco dudaron en apropiarse de los textos de quienes los habían precedido; la apropiación se vinculaba con frecuencia con la propiedad de un libro, algo que a ojos del propietario, iba más allá de su materialidad para alcanzar la de sus contenidos. Desde luego, no era necesario tener libros para ser historiador —se podían leer libros prestados por particulares o bibliotecas— y aquellos libros que los historiadores tuvieran no serían todos de historia, porque la producción y el consumo de obras de historia era escaso todavía en el siglo XVII, y la existencia de libros de historia en las bibliotecas no tenía que traducirse en producción de textos, porque entre el consumidor estaba muy difundida la idea de que la historia tenía la misma utilidad que la literatura y servía como entretenimiento. Los libros de los historiadores serían un modo de acceder a la información de la que disponían, pero estamos poco informados de las bibliotecas de los historiadores, aunque podemos suponer que los miembros de instituciones, recurrirían a las de estas. No se duda sin embargo de que, fueran particulares o colectivas, las estanterías de esas bibliotecas barrocas, en las que era visible la ralentización del consumo de libros desde comienzos del XVII, dominaba el libro religioso, el instrumental o profesional y los clásicos grecolatinos.

Ahora bien, para ver mejor de qué se nutrían los historiadores es más

30. Véase nuestro experimento sobre los historiadores gallegos en Ofelia REY CASTELAO, *Libros y lectura en Galicia. Siglos XVI al XIX*, Santiago, 2003.

31. Anthony GRAFTON, *Bring out your dead. The past as revelation*, Cambridge, Mass., 2001.

eficaz el análisis de sus citas –intercaladas o marginales–, para deducir lo que habían leído o captado, o de lo que se había apropiado conscientemente o inconscientemente, o los libros utilizados –real o aparentemente– para elaborar un texto histórico de mejor o peor calidad. Obviamente, las citas sólo en teoría responden a una práctica real de lectura, ya que existen variadas y numerosas fórmulas para apropiarse de lo leído por otros, y más entre autores con escasa movilidad geográfica y con dificultades para hacerse con el material que era o parecía necesario. En el Barroco, la exigencia de contrastar, comparar, debatir y discutir y asentar... una afirmación, y de asegurarla sobre la autoridad de nombres reconocidos, generó una inflación de citas –mejor si eran de los clásicos–, frecuentemente copiadas de los demás, de la que quedaron al margen los textos elaborados a partir de documentación de archivo y redactados en la sobriedad heredada de las crónicas medievales. Es el caso de la historia monástica y conventual, cuyos autores solían dejar que los documentos se expresasen por sí mismos, no buscaban impresionar a la clientela y polemizaban menos que los otros, pero también porque para las historias de iglesias, monasterios, cabildos y obispos, el recurso a los clásicos era irrelevante. Algo parecido sucedía con los textos monográficos, por su estilo y por su restricción cronológica, temática o zonal.

La inflación correspondía más bien a la vanidad intelectual y era obra de autores que pretendían polemizar o reivindicar algo. Esto afectaba sobre todo a quienes trataban de los periodos históricos primitivos, del primer cristianismo o de la primacía de un territorio sobre otros, lo que exigía dar referencias y testimonios, contraponerlos a las de los demás, discutir teorías y aportar alternativas, etc.;³² por supuesto, obedecía también al deseo de demostrar conocimiento de materias varias, algo frecuente entre archiveros y bibliotecarios de monasterios, entre juristas o entre quienes querían acreditar su capacidad de traducir. Pero el elemento decisivo era la necesidad de contar con la autoridad y credibilidad que otorgaban determinados autores y textos o la de solucionar espinosas cuestiones cronológicas y espaciales. Dado que el cristianismo introdujo en la historia un componente discriminador al diferenciar lo cristiano de lo pagano y la Iglesia de lo no eclesiástico,³³ esto explica las persistentes

32. Véanse ejemplos de esto en Manuel ÁLVAREZ MARTI-AGUILAR, *Tarteso. La construcción de un mito en la historiografía española*, Málaga, 2005, pp. 23-25.

33. Benito SÁNCHEZ ALONSO, *Historia de la historiografía española*, vol. I, Madrid, 1941; ORCÁSTEGUI y SARASA, *La historia en la Edad Media*, p. 64.

y generales referencias a la Biblia o a los fundamentos del dogma y la doctrina, y a los santos padres, en especial aquellos que trasvararon al cristianismo la idea de la bipartición entre la edad del mito y la edad de la historia: Agustín de Hipona, Jerónimo y Eusebio de Cesarea, quien planteó por primera vez la visión completa y sincrónica de los acontecimientos de los pueblos y cuya cronología marcó la de los historiadores medievales; también era inevitable Flabio Josefo, que resolvía el enlace entre la tradición judaica y el cristianismo. Lo mismo podría decirse de las citas a los clásicos, menos abundantes de lo que se pudiera pensar y muchas veces con síntomas claros de que se conocían a través de recopilaciones, pero que eran inevitables en tanto que modelos de los que los historiadores modernos se creían continuadores y en tanto que sus textos eran considerados como fuentes de primera importancia para el período antiguo.

Las referencias a unos y otros se agolpaban en las páginas introductorias de los textos históricos, como se hacía en las historias medievales y renacentistas, con objeto de marcar el estilo y determinar la actitud del autor con respecto a la época clásica.³⁴ Sus citas menudean en las descripciones geográficas y en introducciones y prólogos –pero no suelen aparecer en el cuerpo de los textos, salvo para tratar la Antigüedad– y con funciones distintas. En prólogos e introducciones son unánimemente citados Cicerón, Julio César, Tácito, Ovidio o Virgilio y, en menor medida, Aristóteles, Platón, Atenágoras o Séneca, de lo que se deduce que eran utilizados como autoridades de un saber del que los autores quieren dar cuenta, sin que necesariamente cumplan otra función o sirviendo sólo como referencias y modelos literarios; Cicerón es el que concita mayor fidelidad en las citas y mayor lealtad en las preferencias, porque al introducir la historia en sus consideraciones y tratados retóricos se había convertido en el gozne de todas las teorías sobre la formulación estética de la literatura historiográfica y porque entendía esta como vivificadora de la memoria y como depósito de la verdad, sin que sirviera para formar políticamente sino moralmente a sus lectores.³⁵

34. Robert B. TATE, *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*, Madrid, 1970, pp. 5 y ss.

35. Carmen CODOÑER, “Un modelo imitativo: la historiografía latina”, en el dossier “Cuatro aspectos de la historiografía renacentista”, dirigido por B. Cuart, *Studia Historica* (1995), p. 21.

En las descripciones de la Península Ibérica, los clásicos –romanos mayoritariamente– eran esenciales para fundamentar sobre una base histórica y dar continuidad a lo que se describía, de modo que eran empleados como fuente.³⁶ Así pues, en Herodoto de Halicarnaso se deposita la confianza de los testimonios más antiguos de la Península y es reiteradamente citado, en tanto que la reiteración de las citas a Rufo Festo Avieno en su poema *Ora Maritima* se entiende en tanto que es un compilador de nombres de pueblos y ciudades de la Península, obtenidos de autores griegos y latinos. La antigüedad de sus testimonios explica también la reiteración de las citas a Diodoro Sículo, del siglo I a. C., cuya *Biblioteca Histórica* contiene referencias a la Península –las hazañas de Hércules o la reconquista por parte de Amílcar y Asdrúbal y la participación de Cornelio Escipión, las guerras de Numancia, de Viriato y de Sertorio–. Igual de abundantes son las citas al historiador y geógrafo Estrabón, cuya descripción de la Península a pesar de no haberla visitado –se valió de Polibio, Posidonio y otros autores y de testigos de las guerras cántabras–, se consideraba un elemento clave. Tito Livio ocupa el mismo lugar preferente, tanto como modelo historiográfico como porque dio gran importancia a las guerras de la conquista de la Península, si bien su perdido relato de las guerras cántabras se recupera a través de Floro y Orosio. Algo parecido sucede con la importancia de Justino en las citas de nuestros historiadores, ya que por su mediación se conocen partes de la obra de Trogo Pompeyo, en especial su descripción de la Península. Séneca, muy citado, lo es en prólogos e introducciones por sus aportes filosóficos y sus valores morales; es más o menos lo que explica la abundante presencia de Lucano y su *Farsalia*. No hay muchas referencias a Columela, pero sí a Plinio el Viejo –y a Julio Solino, que se valía de sus datos–, cuya *Historia Natural* era un magnífico complemento a las obras de los anteriores, y al más tardío Ptolomeo, cuya descripción geográfica, redactada en el siglo II, es una obra esencial para el conocimiento de pueblos y ciudades de la Península. El poeta Silio Itálico y su epopeya *Punica* es también muy citado, aunque sus noticias proceden de Tito Livio, quizá porque ofrece rasgos típicos de los habitantes peninsulares; Marcial, poeta que cantó a la Celtiberia de su nacimiento, también es un autor muy socorrido, aunque menos, como sucede con Juvenal. Plutarco lo es abundantemente porque era un modelo en los re-

36. José María BLÁQUEZ, “La historiografía sobre la Edad Antigua”, en J. Andrés-Gallego, coord., *Historia de la historiografía Española*, Madrid, 1999, pp. 15 y ss.

latos biográficos y porque en los redactados por él se contienen episodios referidos a la Península, y más aún lo es Lucio Anneo Floro, porque a su través se conservan los textos de Tito Livio, como dijimos, además de recoger datos de Salustio, César, Lucano y Séneca. El poeta Claudio Claudiano es citado en medida menor pero a tener en cuenta por ser hacia 400 el autor de una alabanza de la Península, como tierra rica y de origen de emperadores. Menos citados —en descripciones y referencias al período antiguo— C. Vellelo Paterculo, quizá por la brevedad de su descripción, Valerio Máximo —porque recoge anécdotas que se pueden leer en Varrón, Cicerón y Tito Livio—, Varrón —porque sus datos aparecían en Plinio el Viejo y en otros autores—, Julio Frontino, Higino, Aulo Gelio en sus *Noches Aticas*, Pausanias, Filostrato, Claudio Eliano, Paciano obispo de Barcelona, Amiano Marcelino y Décimo Magno Ausonio, entre los historiadores romanos que decían algo de la Península, ya fuera directa o indirectamente, si bien es verdad que en su mayoría los más tardíos eran imitadores de Herodoto, Tucídides y Salustio, o como era el caso de Amiano Marcelino, escritor de decadencia que no pasaba de imitar a Tácito. Muy citado es Sidonio Apolinar, historiador romano del siglo V. Y no debemos olvidar que autores de la primera Edad Media, como Isidoro de Sevilla y Beda, eran citados de modo general e insistente, no tanto por sí mismos como por ser transmisores de los modelos y los contenidos de los clásicos.

En definitiva, dado el tipo de enseñanza que recibían y las lecturas que hacían, no es de extrañar que quienes escribieron textos de historia en el Barroco lo hicieran a partir de esas referencias clásicas, retóricas, reiterativas y menos abundantes de lo que se pudiera pensar, y, en nuestra opinión, revelan un interés mayor por los contenidos concretos y por las noticias sobre la historia pre-romana de la Península, que por el sentido de la historia o los modelos literarios. Por la misma razón, tampoco es extraño que los historiadores barrocos se manejaran con cierta soltura entre los clásicos y que cuando avanzaban hacia períodos más tardíos en los que esa base no les servía como soporte, perdían todo lo que de cierta calidad pudieran tener.

Desde nuestro punto de vista, todo indica que la preceptiva historiográfica moderna no les suministró alternativas, y es casi imposible encontrar obras de ese tema en las bibliotecas particulares e institucionales, o en las citas de la producción escrita, dado que era incapaz de competir con la teoría clásica, de la que era deudora. Nacida en la segunda mi-

tad del siglo XVI, la preceptiva se inspiraba en tratados antiguos –Aristóteles, Cicerón, Quintiliano...– y era depositaria de las convenciones sobre la escritura de la historia que la tradición le había legado desde la Antigüedad y por eso mismo carecía de originalidad; se centraba en la exposición y el relato sin tener en cuenta los problemas de la investigación, de la depuración de los hechos y de la dificultad de adaptarlos a la época contemporánea –como señalada Bodin en su *Methodus*–, sin superar tópicos como la necesidad de verdad y la imparcialidad del historiador. No es raro que así fuera porque su nacimiento está ligado al de la preceptiva oratoria; a la manera de las *artes rhetoricae* se elaboraron *artes historiae*, contribuyendo quizá a que la historia fuera considerada un tipo más de discurso retórico. El Renacimiento se empeñó en demostrar que la historia es una *ars*, como la retórica, según la tradición ciceroniana y esta orientación retórica se afianzó desde finales del XV y estuvo presente hasta la mitad del siglo XVII, aunque el hilo escéptico nunca desapareció por completo.³⁷ La combinación de retórica y verdad, aplicados a la escritura de la historia, encontró soluciones dispares según el mayor o menor peso que el historiógrafo concediera a una o a otra y a los elementos adicionales del razonamiento y el concepto de verosimilitud ayudó a salvar teorías presuntamente contradictorias. Asimismo, la contraposición entre lo útil y lo deleitable como fin esencial de la historia entró también a participar en la discusión, colaborando a la urdimbre de una intrincada trama de filosofías historiográficas.³⁸

Todo lector barroco de la Poética de Aristóteles conocía la distinción que este hacía entre historiador o cronista y poeta y decía que no se diferenciaban por decir las cosas en prosa o en verso, sino en que uno dice lo sucedido y el otro lo que podría suceder; por eso el historiador debía respetar la verdad de lo acontecido y el poeta solo lo verosímil, y sabía que Aristóteles defendía que la poesía era superior porque era más filosófica y elevada pues dice lo general y la historia solo particular. Dicho de otro modo, los relatos históricos que narran lo acontecido difieren de los textos poéticos porque el objetivo del historiador es informar sobre una secuencia de hechos ya sucedidos, que están fuera de su control y no caben en el espectro de lo imaginario. Sin duda, todo historiador in-

37. PINEDA, “La preceptiva historiográfica”, pp. 95-97.

38. Anthony GRAFTON, *What Was History? The Art of History in Early Modern Europe*, Cambridge, 2007.

venta una trama para ordenar y disponer su narración de hechos, pero aún utilizando recursos retóricos se aparta de la poesía por la exigencia de objetividad. El poeta era un hacedor y el historiador se limitaba a trasladar lo que otros habían escrito y estaba atado a la verdad; cada historiador podía desarrollar un estilo propio en el que podían identificarse muchos recursos que había codificado la retórica y que eran comunes a los de los poetas o por los oradores.³⁹

Sin embargo, insistimos en el escaso peso real de la preceptiva en los historiadores barrocos hispanos. El *Memorial de las cosas necesarias para escribir historia*, de Juan Páez de Castro, por la sencilla razón de que quedó manuscrito. La obra de Fox Morcillo, *De historiae institutione dialogus*, publicada en Amberes en 1557, no era mucho más conocida y se cita para resolver cuestiones estilísticas y es que su valoración fue tardía –la erudición decimonónica la vio como una obra “completa”–; Fox sugería verdad e imparcialidad, su estilo era literario y “filosófico”, y proponía un contenido íntegro de la historia sin omitir lo “desagradable” al lector–, pero no tuvo trascendencia en el modo de hacer historia en España, víctima en cierta medida de los cronistas oficiales, elegidos por vía de amistad y privilegio. En realidad, Fox Morcillo era un imitador de Platón al que solo importaban los historiadores griegos y latinos, aunque los refuta en varias ocasiones por dar entrada a las fábulas; en perpetua comunión con el mundo antiguo, denunciaba la indigencia historiográfica de España y la inexistencia de mecenas, reclamaba una historia redactada en latín, exportable, que estaba al alcance de pocos, y proclamaba la utilidad de la historia para los príncipes y para fundamentar el “engrandecimiento, poderío, ilustración y gloria de los pueblos”.

Tampoco solía citarse el *Arte de retórica* de Rodrigo de Espinosa de Santayana (1578), que no pasaba de ser un conjunto desordenado de máximas triviales, ni la obra de Juan Costa, *De conscribenda rerum historialibri duo* (Zaragoza, 1591). No mucho más se hacía referencia a Cabrera de Córdoba (*De historia, para entenderla y escribirla*, Madrid, 1611), un autor muy influido por Tácito y Polibio; sus principios no eran nuevos, ya que entendía a la historia como maestra de la vida –pero limitada su función a los ejemplos positivos ocultado lo que menoscababa la autoridad– y como la narración de verdades “por hombre sabio

39. SCHWARTZ LERNER, “Un género historiográfico del siglo XVI”, pp. 85-102.

para enseñar a bien vivir”; creía también que la verdad hacía imposible confundir la historia con la poesía, por cuanto esta enseñaba deleitando y la historia lo hacía relatando sucesos verídicos o exponiendo vicios y virtudes de sus agentes históricos, “cuyo estudio abraza la filosofía moral”. Pero sobre todo, Cabrera, como otros antes que él, entendía que el historiador debía ser hombre de la Corte, buen conocedor de los asuntos políticos, pero se planteaba el problema de la imparcialidad y del riesgo de decir la verdad, de modo que buscaba una vía ingeniosa para resolverla, las arengas, como espacio autónomo en el que la verdad correría libremente.

No es fácil hallar referencias a Bartolomé de Argensola (*Discurso acerca de las cualidades que ha de tener un perfecto cronista*), que proponía respeto sin imitación de los clásicos y rechazo a emplear la imaginación para rellenar huecos primitivos; para Argensola, la historia tenía como fin no dejar que los hechos de los hombres cayeran en el olvido y que de ellos emanase cierta enseñanza, sin que el historiador moralizase. Tampoco se menciona a otros autores del siglo XVII, como Fray Jerónimo de San José (*Genio de la historia*, 1651), un autor con un profundo conocimiento de los historiadores y preceptistas antiguos. Este religioso era partidario de una cronología rigurosa, hecha por un historiador virtuoso, sabio, noble y digno de oficio y puesto en la república; recomendaba visiones de conjunto previas a la obra y rechazaba las descripciones inútiles y los discursos, así como el estilo rebuscado y los hechos que no conviniesen a la utilidad pública; entendía que los juicios debían ser breves —la moralidad surgiría por sí misma— y se mostraba muy preocupado por la forma material de la historia, combatiendo el culteranismo en un siglo en el que la historia se había aliado con la poesía, hasta el punto de que poetas como los Argensola y Juan de Mena llegaron a ser cronistas oficiales.⁴⁰ No debe olvidarse la influencia del tacitismo, importante a lo largo del XVII desde que los pensadores reformistas del tiempo de Felipe II en adelante sugiriesen la idea de que la política era una disciplina cuya fuente es la historia.

40. L. SCHWARTZ LERNER, “Modelos clásicos y modelos del mundo en la sátira áurea: los Diálogos de Bartolomé Leonardo de Argensola”, en M. García Martín, coord., *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro. Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*, 1, Salamanca-Valladolid, 1993, pp. 75-94.

Conclusiones

Las consecuencias que de la falta de agilidad de la historiografía barroca se pudieran derivar afectaban poco al lector porque el consumo de obras de historia todavía era escaso en el siglo XVII, como lo revelan las acumulaciones de libros en las casas particulares, centros educativos e instituciones eclesiásticas, en los que la historia no era una proporción relevante. Su crecimiento se producirá con un considerable retraso –con respecto a Francia, por ejemplo–, esperando al final del siglo XVII para ser interesante y al XVIII para convertirse en uno de los renglones más densos de la producción impresa y de la lectura. No obstante, habrá de reconocerse que la historia suele estar subsumida en la mayoría de los cálculos en el cajón de sastre de las bellas letras, y rara vez puede medirse por sí misma, lo que nada tiene de anómalo porque la historia tenía entre su clientela más asidua –la de los grupos mejor situados de la sociedad–, el mismo carácter que la literatura, esto es, se veía ante todo como lectura de entretenimiento; también es preciso tener en cuenta que una parte de la producción historiográfica no llegó a la imprenta, en especial muchas de las falsificaciones barrocas lo que, bien mirado, es positivo. Obviamente, la existencia de libros de historia en las bibliotecas privadas e institucionales no tenía que traducirse en producción de textos y solo una minoría de eclesiásticos, nobles e hidalgos, militares y funcionarios se atrevió a escribir textos de historia; les faltaba formación para esto y tenían que extraer sus modelos de la tradición historiográfica. Esos modelos son los clásicos, pero no debemos sobre-dimensionar su influencia, más formal y de contenidos concretos que de filosofía y espíritu, y tamizada por la relectura que de los clásicos se hizo en la Edad Media –alterando su mensaje en favor del cristianismo– y en la primera Edad Moderna; a la postre, el historiador barroco era ante todo dependiente de los cronistas castellanos del XVI, verdadera cantera de “información”, de modelos estilísticos y de líneas argumentales, no en vano habían contado con el respaldo oficial y una enorme capacidad de difusión y de permeabilidad del mercado, de modo que su sombra amparaba al resto de la producción.⁴¹

41. Manuel PEÑA, *El laberinto de los libros: historia cultural de la Barcelona del Quinientos*, Madrid, 1997, p. 149; M^a Luisa LÓPEZ-VIDRIERO, "Les chroniques imprimées: livre de cour dans l'Espagne du XVIe. siècle", en A. Quondam, ed., *El libro a corte*, Roma, 1994, p. 401; Agustí ALCOBERRO, "La historiografía de la Corona de Aragón en el Reinado de Felipe II", en *Las Sociedades Ibéricas y el mar*, III, Madrid, 1998, pp. 7-18.